ella misma á sí se desagrada primero. Di, mujer, ¿qué mejor juez de tu fealdad podemos hallar que á ti misma, pues temes ser vista cual eres? Si eres hermosa, ¿por qué con el afeite te encubres? Si fea y disforme, ¿por qué te nos mientes hermosa, pues ni te engañas á ti, ni del engaño ajeno sacas fruto? Porque el otro en ti afeitada, no ama á ti, sino á otra, y tú no quieres como otra ser amada. Enséñasle en ti á ser adúltero, y si pone en otra su amor, recibes pena y enojo. Mala maestra eres contra ti misma. Más tolerable en parte es ser adúltera, que andar afeitada; porque allí se corrompe la castidad y aquí la misma naturaleza.»

Estas son palabras de San Ambrosio. Pero entre todos, San Clemente Alejandrino es el que escribe más extendidamente, diciendo (1):

«Las que hermosean lo que se descubre, y lo que está secreto lo afean, no miran que son como las composturas de los egipcios, los cuales adornan las entradas de sus templos con arboledas, y ciñen sus portales con muchas colum-

(1) Lib. III. Pedag., cap. 2.

nas; y edifican los muros dellos con piedras peregrinas, y los pintan con escogidas pinturas, y los mismos templos los hermosean con plata y con mármoles traídos desde Etiopía. Y los sagrarios de los templos los cubren con planchas de oro; mas en lo secreto dellos, si alguno penetrare allá, y si con priesa de ver lo escondido, buscare la imagen del Dios que en ellos mora, y si la guarda dellos ó alguno otro sacerdote con vista grave, y cantando primero algún himno en su lengua, y descubriendo un poco del velo, le mostrare la imagen, es cosa de grandísima risa ver lo que adoran; porque no hallaréis en ellos algún Dios como esperábades, sino un gato ó un crocodilo, ó alguna sierpe de las de la tierra, ó otro animal semejante, no digno de templo, sino dignísimo de cueva ó de escondrijo ó de cieno, que como un poeta antiguo les dijo (2):

(1) San Clemente Alejandrino no pone esta sentencia como de poeta; y así parece que, por haberla leído en alguno nuestro autor, la alegó como de tal. Pero ya que añadió de suyo esto, debía haberle mencionado para darnos más noticia de una curiosidad observada de tan pocos ó ninguno.

»Son fieras sobre púrpura asentadas
»los dioses á quien sirven los gitanos.

»Tales, pues, me parecen á mí las mujeres que se visten de oro y se componen los rizos, y se untan las mejillas y se pintan los ojos y se tiñen los cabellos, y que ponen toda su mala arte en este aderezo muelle y demasiado, y que adornan este muro de carne, y hacen verdaderamente como en Egipto, para atraer á sí á los desventurados amantes. Porque si alguno levantase el velo del templo, digo si apartase las tocas, la tintura, el bordado, el oro, el afeite, esto es, el velo y la cobertura compuesta de todas aquestas cosas, por ver si hallaría dentro lo que de veras es hermoso, abominaríalas, á lo que yo entiendo, sin duda. Porque no hallara en su secreto dellas por moradora, según que era justo, á la imagen de Dios, que es lo digno de precio; mas hallara que en su lugar ocupa una fornicaria y una adúltera lo secreto del alma, y averiguara que es verdadera fiera, mona con albayalde afeitada ó sierpe engañosa, que, tragando lo que es de razón en el hombre por

medio del deseo del vano aplacer, tienen el alma por cueva; adonde mezclando toda su ponzoña mortal, y rebosando el tóxico de su engaño y error, trueca á la mujer en ramera aqueste dragón alcahuete, porque el darse el afeite, de ramera es, y no de buena mujer, como claramente se ve; porque las que con esto tienen cuenta, no la tienen jamás con sus casas. Su cuenta es desenlazar las bolsas de sus maridos, y el consumirles las haciendas en sus vanos antojos, y para que testifiquen muchos que parecen hermosas, el ocuparse asentadas todos los días al arte del afeitarse con personas alquiladas á ello. Así que, procuran de guisar bien su carne, como cosa desabrida y de mala vista; y entre día por el afeite se están deshaciendo en su casa, con temor que no se les eche ver que es postiza la flor; mas venida la tarde, como de cueva, luego se hace afuera aquesta adulterada hermosura, á quien ayuda entonces, para ser tenida en algo, la embriaguez y la falta de luz. Menandro el poeta lanza de su casa á la mujer que se enrubia y dice:

»Vé fuera desta casa; que la buena
»no trata de hacer rubios los cabellos.

»Y no dice que se barnizaba la cara, ni menos que se pintaba los ojos. Mas las miserables no ven que con añadir lo postizo destruyen lo hermoso, natural y propio, y no ven que matizándose cada día, y estirándose el cuerpo y emplastándose con mezclas diversas secan el cuerpo y consumen la carne, y con el exceso de los corrosivos marchitan la flor propia, y así vienen á tornarse amarillas y á hacerse dispuestas y fáciles á que la enfermedad se las lleve, por tener con los afeites la carne que sobrepintan gastada, y vienen á deshonrar al Fabricador de los hombres, como á quien no repartió la hermosura como debía; y son con razón inútiles para cuidar por su casa, porque son como cosas pintadas, asentadas para no más de ser vistas, y no hechas para ser caseras cuidadosas. Por lo cual, aquella bien considerada mujer, acerca del poeta cómico, dice:

—»¿Qué hecho podremos hacer las mujeres que de precio sea ó de valor, pues repintándonos y enfloreciéndonos cada día, borramos de nosotras mismas la imagen de las mujeres valerosas, y no servimos sino de trastos de casa y de estropiezos para los maridos y de afrenta de nuestros hijos?—

»Y asimismo Antífanes, escritor también de comedias (1), mofa de aquesta perdición de mujeres, poniendo las palabras que convienen á lo que comúnmente todas hacen, y dice:

—»Llega, pasa, torna, no se pasa, viene, pára, límpiase, revuelve, relímpiase, péinase, sacúdese, friégase, lávase, espéjase, vístese, almízclase, aderézase, rocíase con colores, y al fin si hay algo que no, ahógase y mátase.—

»Merecedoras, no de una, sino de doscientas mil muertes, que se coloran con las *freces* (2) del crocodilo, y se untan con la espuma de la hediondez y que para las *aveñolas* (3) hacen

(1) *In Malthaca*, según el testimonio del mismo San Clemente Alejandrino; porque tengo entendido que ya no está dicha obra. – (2) «Freza,» entre otras cosas, significa el extremo de los animales; y así parece que había de decir «frezas,» y no «freces.» Pero, por cuanto en todas las ediciones que he visto se halla «freces,» no me he atrevido á corregirlo. – (3) Aunque no he hallado este vocablo en ninguno de los muchos Diccionarios de la Lengua castellana que he visto

hollín y albayalde para embarnizar las mejillas.

»Pues las que así enfadan á los poetas gentiles, la verdad, ¿cómo no las desechará y condenará? Pues Alexi, otro cómico, ¿qué dice dellas, reprendiéndolas? Que pondré lo que dijo, procurando avergonzar con la curiosidad de sus razones su desvergüenza perpetua, sino que no pudo llegar á tanto su buen decir, y verdaderamente que yo me avergonzaría, si pudiese defenderlas con alguna buena razón, de que las tratase así la comedia. Pues dice:

—»Demás desto, acaban á sus maridos, porque su primero y principal cuidado es el sacarles algo, y el pelar á los tristes mezquinos; esta es su obra, y todas las demás en su comparación les son accesorias. ¿Es por ventura alguna dellas pequeña?, embute los chapines de corcho; ¿es otra muy luenga?, trae una suela sencilla; y

á este fin, no pongo duda alguna en que su significado son las «cejas,» pues además de persuadirlo así el contexto, se infiere claramente por el original en griego de San Clemente Alejandrino, que dice desta suerte: καὶ τατς οθρὺσι τηυάσϐολην ἅνα ματτομεναι; lo cual vierten los intérpretes: *Et supercilia fuligine illinum.*

anda la cabeza metida en los hombros; y hurta esto al altor (1); ¿es falta de carnes?, afórrase de manera que todos dicen que no hay más que pedir; ¿crece en barriga?, estréchase con fajas, como si *tranzase* (2) el cabello, con que va derecha y *cenceña* (3); ¿sumida de vientre?, como con puntales hace la ropa adelante; ¿es bermeja de cejas?, encúbrelas con hollín; ¿es acaso morena?, anda luego el albayalde por alto; ¿es demasiadamente muy blanca?, friégase con la tez del humero; ¿tiene algo que sea hermoso?, siempre lo trae descubierto; pues que si los dientes son buenos, forzoso es que se ande riendo. Y para que vean todos que tiene gentil boca, aunque no esté alegre, todo el santo día se ríe, y trae entre los dientes siempre algún palillo de murta delgado, para que, quiera que no, en todos tiempos esté abierta la boca.

»Esto he alegado de las letras profanas, como para remedio contra este mal artificio y deseo excesivo del afeite, porque Dios procura nues-

(1) Es voz que no se usa ya. Dícese ahora «altura.» – (2) «Tranzar» es lo mismo que «trenzar.» – (3) Vale tanto como «delgada.»

tra salud por todas las vías posibles; mas luego apretaré con las letras sagradas, que al malo público natural es apartarse de aquello en que peca, siendo reprehendido por la vergüenza que padece.

Pues así como los ojos vendados ó la mano envuelta en emplastos, á quien lo ve hace indicio de enfermedad, así el color postizo y los afeites de fuera dan á entender que el alma en lo de dentro está enferma.

»Amonesta nuestro divino Ayo y Maestro que no lleguemos al río ajeno, figurando por el río ajeno la mujer destemplada y deshonesta, que corre para todos, y que para el deleite de todos se derrama con posturas lascivas.

—»Contiénete, dice (1), del agua ajena, y de la fuente ajena no bebas;—amonestándonos que huyamos la corriente de semejante deleite, si queremos vivir luengamente, porque el hacerlo así añade años de vida.

»Grandes vicios son los de comer y beber; pero no tan grandes, con mucha parte, como la

(1) Ecclesiast., cap. 25, v. 30.

afición excesiva del aderezo y afeite; para satisfacer el gusto, la mesa llena basta, y la taza abundante; mas á las aficionadas á los oros, á los carmesíes y á las piedras preciosas, no les es suficiente ni el oro que hay sobre la tierra ó en sus entrañas della, ni la mar de Tiro, ni lo que viene de Etiopía, ni el río Pactolo, que corre oro, ni aunque se transformen en Midas, quedarán satisfechas algunas dellas, sino pobres siempre y deseando más siempre, aparejadas á morir con el haber.

»Y si es la riqueza ciega, como de veras lo es, las que tienen puesta en ella toda su afición y sus ojos, ¿cómo no serán ciegas? Y es que, como no ponen término á su mala codicia, vienen á dar en licencia desvergonzada, porque les es necesario el teatro y la procesión y la muchedumbre de los miradores, y el vaguear por las iglesias y el detenerse en las calles para ser contempladas de todos, porque cierto es que se aderezan para contentar á los otros.

»Dice Dios, por Hieremías (1):

(1) Hierem., cap. 4, v. 30.